

de vivir...una buena mujer, una familia.... – ruega con fervor, con un grito que le sale del alma.

Terminada la procesión y la misa, comienzan los festejos, los fuegos artificiales, los bailes. Comida por todas partes y mucha, mucha gente. Entra al jardín de baile que está en el centro del pueblo.

—Una cerveza —pide mientras se sienta en una mesa a un costado del bar y mira a su alrededor. El salón está repleto. Muchas parejas bailando y, en una mesa cercana, una joven guapa que bebe de una copa, le sonríe con picardía. Se le parece a alguien, pero no recuerda a quién.

—¡Vaya! —piensa, devolviéndole la sonrisa. —Esta muchacha me gusta. ¿Será que ya la Virgencita me está haciendo el milagro?

De repente, la muchacha se acerca y se sienta frente a él. Se ve que está un poquito pasada de copas.

—¡Hola, forastero! —le dije con voz un poco gangosa. —Me llamo Olga, vivo en aquella casa amarilla que se ve allá —la señala con un dedo— y ando buscando a mi mamá. También tengo un hermano mellizo en alguna parte del mundo. Mi mamá se fue con él para la capital y nunca han regresado. Papá al principio contrató detectives para que los buscaran y nada. Pero yo sé que algún día van a llegar a este pueblo y los voy a conocer. ¿Por casualidad, conoces a una señora llamada Eneida Campos?

Raúl siente que le falta aire. Ha recordado aquella vieja fotografía donde una sonriente joven, muy parecida a su interlocutora, saluda al fotógrafo con una mano... ¡al fotógrafo que era él!

Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

EVELIA MARÍA HO DE GARCÍA. Santiago de Veraguas, Panamá, 1938. Ha participado en varios talleres literarios de Enrique Jaramillo Levi, Carlos Fong, Mireya Hernández (q.e.p.d.) y David Róbinson.

Hombre que no se rinde

POR MINERVA DE JOVANÉ

Era el mes de junio de 1959. Jorge, un joven activista, líder estudiantil, que defendía con vehemencia sus posiciones, inflexible en cuestiones de principios, regresaba de Guatemala y fue arrestado en el aeropuerto por policías uniformados bajo el mando del entonces capitán Torrentes. —¡Quítate el uniforme y pelea como hombre! —le dijo Jorge a Torrentes—. Allí se inició el reto.

Una década después, Torrentes fue el dictador de Panamá con poderes para disponer de la vida o la muerte de sus opositores.

Arrancó la pesadilla cuando el navío Gaviota recaló en la costa un 19 de noviembre de 1969. Se dejó oír un disparo al aire, y una mancha de palos anunciando la bienvenida al infierno de Dante. Era Pancho Pistola con una misión que cumplir. En el grupo venía Jorge, quien había sido muy perseguido por la policía, por la fuerza con que defendía sus principios y por su carismática personalidad, que lo hicieron líder. Me vino a la memoria el incidente en el aeropuerto que hace diez años conocí, porque también yo era un encendido dirigente. Lo miré... Un chorro de sangre se deslizaba desde las cejas.

—¡Muévanse, caminen, hijoeputas! —irrupía uno de los verdugos— ¡Entren por la calle de honor!— En medio de improprios el cabo Fernández le reclama directamente a Jorge por la relación marital con su hermana... ¡No se qué

vio una mujer blanca en ti para casarse contigo, siendo tú un negro tan feo!— exclamó el cabo Fernández. Ya en la celda, Jorge les explica a sus compañeros de tortura que ese Fernández era su cuñado y que no le perdonaba el matrimonio con su hermana.

Este estrecho sitio con mirada al mar en que ahora se encontraba Jorge, fue su refugio desde las siete de la noche hasta las seis de la mañana. Si el día en Coiba es hermoso, de noche no debe serlo menos.

El cielo negro tapizado en estrellas prometiéndole recónditos paisajes a distancias astrales, puede ser la descripción inspirada en un ambiente sereno que cobijaría a Jorge en la noche. Ello, de no haber sido por las ruindades nocturnas que también se ocuparon de practicar los sádicos que lo asesinaban a destajo. Durante unos lapsos nocturnos, aparecía un cabo que le decían “Gallo Ronco” y cada media hora rociaba agua fría y caliente alternadamente sobre los cuerpos dormidos de sus víctimas, entre ellos Jorge. A las 6:00 a.m. sin haber conciliado el sueño ni un minuto en 54 horas de viaje desde nuestra partida del puerto de Balboa, se nos obligó a subir empinadas lomas con guardianes armados de toletes y fusiles. Jorge y yo íbamos sin instrumentos de trabajo a reparar la cerca de un potrero.

Tuvimos que hacerlo con las manos. En algún momento de distracción del cabo Nicanor me dice Jorge... “¡Cómo conjugar en la imaginación tanta belleza con tanto horror!” y se postró en el suelo con la mirada en dirección al mar, el verdor de sus aguas, el zurcido inútil de las olas con la arena, y la destreza de las gaviotas bailando con ellas, decía Jorge... De súbito, quedó segado con un atronador golpe que nubló su vista, despojándolo del sentido, el cual recuperó rápidamente con un crudo y frío baño de agua para luego colapsar ante otro golpe de garrote, obligándolo a levantarse. El cabo Nicanor gritaba —¡Caminen rápido, estúpidos comunistas, coño!—

El trayecto por la playa se hacía muy lento y las fuerzas de Jorge se estaban minando, pero el cabo nos instruyó a caminar por la playa en di-

rección al cuartel central. Él estaría esperándonos allá. Jorge desfallecía y apenas si podía caminar por los golpes y moretones en todo su cuerpo. Con mi ayuda y una vara que él se había conseguido superamos la prueba, caminando por la orilla de la playa. A escasos doscientos metros del cuartel central el cabo Nicanor irrumpió en un caballo. Con una soga amarró a Jorge por la cintura y me dijo—¡ No intervengas!— y lo arrastró amarrado del caballo hacia el Cuartel Central. Ya estando yo en el Cuartel, me ordenó con un toletazo que me aproximara a la celda donde Jorge era atendido —Sabía que era para escarmiento - Noté que se le habían arrancado las uñas de los pies y que la uña del dedo grande del pie derecho ahora le colgaba. Dos días después se le cayó dejándole un colgajo.

—¡Salgan ahora! —irrumpió Pancho Pistola, y los condujo a los baños comunales. Después de vestidos fueron escoltados hacia un comedor a varios metros del Cuartel. Fue en vano para el extenuado Jorge, él no resistía ingerir alimentos. Los compañeros solicitamos permisos a los guardianes para encargarles unas latas de jugo a una pequeña tienda que funcionaba en el penal. No resultó. Ya en la celda Jorge, languideció vomitando y orinando sangre. —¡Oiga, queremos hablar con el responsable del penal! ¡Este hombre está muy mal!— gritó uno de los compañeros de Jorge—. Los verdugos responsables con pasmosidad e indiferencia dijeron— Aquí solo hay aspirinas y violeta genciana—¡Entonces, llévenlo a tierra firme o traigan algún médico, coño!— Un par de toletazos cayó sobre la espalda del querellante. Fue como hablar con el viento. Ignoraban las peticiones que le hacíamos. Otros seguimos haciendo trabajos en el campo. Jorge permaneció en el Cuartel Central. Y para Álvaro, su amigo, eso fue un mal presagio.

En la noche nos reunieron a todos en la misma celda. Y nos encontramos con la ropa de Jorge empapada en sangre, señal de nuevas torturas. Jorge no estaba en la celda. El veintinueve de noviembre a las cinco de la mañana, una vez consumado el crimen, un preso entró corriendo y gritó:

—¡Acaba de morir! ¡Mientras agonizaba estuvo llamando a todos... Dicen que murió de muerte natural, más infarto!

“A l g u n o s meses después de la muerte de Jorge, fuí al Tribunal Superior de Penonomé a examinar las sumarias localizadas allí, para determinar las causas de su muerte ¡Vana simulación! Leí el protocolo de autopsia y ví varias fotos de Jorge acostado en un camastro. Tenía el tórax abierto de par en par como roto a hachazos (era tan difícil encontrar el miocardio). Sus antebrazos y manos estaban vendados y todo muy abultado”

Carlos Iván Zúñiga



Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

MINERVA N. DE JOVANÉ. Santiago de Veraguas, Panamá, 1944. Licenciada en Trabajo Social por la Universidad Fluminense de Río de Janeiro, Brasil. Egresada del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá en 2004. Sus cuentos han sido publicados en Maga y en los colectivos: *Soñar despiertos*, (2006) y *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 2011.